

Una Bendición de Año Nuevo

NO. 292

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 1 DE ENERO, 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

***“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo,
después que hayáis padecido
un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.”
1 Pedro 5:10.***

El apóstol Pedro pasa de la exhortación a la oración. Él sabía que la oración marca el fin de la predicación en el oyente, pero la predicación del ministro debe ir acompañada siempre de oración. Habiendo exhortado a los creyentes a caminar con firmeza, dobla su rodilla y los encomienda a la vigilancia celosa del cielo, implorando sobre ellos una de las bendiciones más grandes por las que el corazón más afectuoso haya suplicado jamás.

El ministro de Cristo debe ejercer dos oficios para el pueblo a su cargo. Debe hablarles por Dios, y hablar a Dios por ellos. El pastor no ha cumplido todavía con toda su sagrada comisión cuando ha declarado todo el consejo de Dios. Sólo ha completado una mitad. La otra parte la debe desempeñar en secreto, cuando cargue en su pecho, como el sacerdote en tiempos antiguos lo hacía, las necesidades, los pecados, las pruebas y las súplicas de su pueblo delante de Dios. El *deber* diario del pastor cristiano consiste por un lado en orar por su pueblo, y por otro en exhortar, instruir y consolar a ese pueblo.

Hay, sin embargo, estaciones especiales cuando el ministro de Cristo se ve constreñido a pronunciar una bendición inusual sobre su pueblo. Cuando un año de tribulación se ha marchado y otro año de misericordia ha comenzado, se nos puede permitir expresar nuestras sinceras congratulaciones porque Dios nos ha preservado, y nuestras fervorosas súplicas para mil bendiciones sobre las cabezas de aquellos a quienes Dios ha encomendado bajo nuestro cuidado pastoral.

Esta mañana he tomado este texto como una bendición de año nuevo. Ustedes saben que un ministro de la Iglesia de Inglaterra siempre me proporciona el lema para el nuevo año. Él ora mucho antes de seleccionar el texto, y yo sé que hoy, está ofreciendo esta precisa oración por todos ustedes. Él constantemente me favorece con un lema, y siempre considero mi deber predicar sobre él, y desear que mi pueblo lo

recuerde a lo largo de todo el año para que le sirva de báculo de apoyo en el tiempo de su tribulación, como un delicioso manjar, como una oblea con miel, como un trozo del alimento de un ángel, que pueda poner sobre su lengua y llevarlo hasta que finalice el año, para luego recomenzar con otro dulce texto. ¿Qué mayor bendición podría haber elegido mi anciano amigo, de pie hoy en su púlpito, levantando manos santas para predicar al pueblo en una tranquila iglesia aldeana? ¿Qué mayor bendición podría implorar él para los miles de Israel, que esta bendición que en su nombre pronuncio sobre ustedes en este día: “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.”

Al predicar sobre este texto, tendré que comentar: primero, *lo que el apóstol pide al cielo*; y luego, en segundo lugar, *por qué espera recibirlo*. La razón de su esperanza de recibir lo que pide, está contenida en el título que utiliza para dirigirse al Señor su Dios: “MAS EL DIOS DE TODA GRACIA, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo.”

I. Entonces, en primer lugar, LO QUE EL APÓSTOL PIDE PARA TODOS AQUELLOS A QUIENES ESCRIBIÓ ESTA EPÍSTOLA. Él pide para ellos cuatro joyas resplandecientes colocadas sobre un negro paño de realce. Las cuatro joyas son estas: *Perfección, Afirmación, Fortalecimiento, Establecimiento*. El negro paño de realce sobre el que están colocadas, es este: “Después que hayáis padecido un poco de tiempo.” Las lisonjas del mundo valen poco, pues como observa Chesterfield: “no cuestan nada excepto tinta y papel.” Debo confesar que creo que incluso ese pequeño gasto es a menudo desperdiciado. Las lisonjas mundanas generalmente omiten toda idea de aflicción. “¡Una feliz Navidad! ¡Un próspero Año Nuevo!” No hay ninguna suposición de algo que se parezca al padecimiento. Pero las bendiciones cristianas apuntan a la verdad de los asuntos. Sabemos que los hombres deben padecer. Creemos que los hombres nacen para ser agobiados por el dolor de la misma manera que la chispa vuela hacia arriba; y por eso en nuestra bendición incluimos el padecimiento. Es más, vamos más allá, creemos que nuestra tristeza nos ayudará a alcanzar la bendición que invocamos sobre nuestras cabezas. Nosotros, en el vocabulario de Pedro, decimos: “*Después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca*. Entiendan entonces que, conforme muestre cada una de estas cuatro joyas, deben mirarlas y considerar que son deseadas para ustedes, “*después que hayáis padecido un poco de tiempo*.” No debemos descartar los sufrimientos. Debemos tomarlos de la misma mano de la que recibimos la misericordia; y la

bendición muestra una fecha: “después que hayáis padecido un poco de tiempo.”

1. Ahora la primera joya resplandeciente en esta diadema es *la perfección*. El apóstol ora para que Dios nos perfeccione. Ciertamente, aunque esta sea una larga oración, y la joya sea un diamante de hermosas aguas y de tamaño excepcional, es absolutamente necesario que un cristiano en última instancia llegue a la perfección. ¿Acaso nunca han tenido un sueño en sus camas, cuando sus pensamientos vagabundean libremente y la boca de su imaginación corre sin freno, y su alma abre todas sus alas y flota por todo el infinito, agrupando cosas extrañas y maravillosas, de tal manera que el sueño se desenvolvía en algo como un esplendor sobrenatural? Pero, súbitamente fueron despertados, y ustedes lamentaron durante horas que el sueño no hubiera llegado a una conclusión. Y, ¿qué es un cristiano, si no llega a la perfección, sino un sueño inconcluso? Un sueño majestuoso de todas maneras, es cierto, lleno de las cosas que la tierra no hubiera conocido antes si no fuera porque son reveladas por el Espíritu a carne y sangre.

Pero supongan que la voz del pecado nos espantara antes de que el sueño concluyera, y como cuando uno se despierta, despreciáramos la imagen que comenzó a formarse en nuestras mentes, ¿qué sería de nosotros entonces? Remordimientos eternos, una multiplicación del tormento eterno sería el resultado de haber comenzado a ser cristianos, si no alcanzáramos la perfección. Si pudiese existir tal cosa como un hombre en quien se comenzó la obra de la santificación, pero en quien Dios el Espíritu cesara de obrar; si pudiera haber un ser tan infeliz como para ser llamado por la gracia para ser abandonado antes de ser perfeccionado, no habría entre los condenados en el infierno un desventurado más infeliz. No sería una bendición que Dios comenzara a bendecir si no llevara a la perfección. Sería la más grande maldición que el odio Omnipotente mismo podría pronunciar: darle a un hombre la gracia, pero que esa gracia no lo condujera hasta el fin, y no lo pusiera con seguridad en el cielo.

Yo debo confesar que preferiría soportar los tormentos de ese terrible arcángel, Satanás, por toda la eternidad, que tener que sufrir como uno a quien Dios una vez amó, pero a quien después desechó. Pero eso no sucederá nunca. A quien una vez eligió, Él no lo rechazará. Sabemos que donde Él ha comenzado la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. Grandiosa es la oración, entonces, en la que el apóstol pide que seamos perfeccionados. ¿Qué sería de un cristiano si no fuese perfeccionado? ¿Nunca han visto un lienzo sobre el que la mano del pintor haya bosquejado con atrevido pincel alguna maravillosa escena de

grandeza? Ven donde el vivo color ha sido pintado con una habilidad casi sobrehumana. Pero el artista cayó muerto repentinamente, y la mano que dibujó milagros de arte quedó paralizada y el pincel cayó. ¿Acaso no es fuente de lamentos en el mundo que alguna vez se haya comenzado una pintura que no pudo ser terminada nunca? ¿No han visto el humano rostro divino en un relieve cincelado en mármol? Han visto la exquisita habilidad del escultor, y se han tenido que decir a ustedes mismos: “¡Esto será una cosa maravillosa! ¡Qué muestra sin par de habilidad humana!” Pero, ¡ay!, nunca fue completada, no se pudo terminar. ¿Y podrían imaginarse, cualquiera de ustedes, que Dios comenzara a esculpir un ser perfecto y que no lo terminara? ¿Piensan que la mano de la sabiduría divina bosquejaría al cristiano sin completar sus detalles? ¿Acaso Dios nos ha tomado de la cantera como una piedra sin labrar, y ha comenzado a esculpir en nosotros, y a mostrar Su arte divino, Su maravillosa sabiduría y gracia, para luego echarnos fuera? ¿Acaso fallará Dios? ¿Dejará, acaso, que Sus obras sean imperfectas? Lectores, señalen si pueden, algún mundo que Dios haya abandonado sin poder terminar. ¿Hay alguna partícula en Su creación en la que Dios haya comenzado a construir algo, pero que haya sido incapaz de concluirlo? ¿Acaso dejó incompleto a algún ángel? ¿Hay, acaso, una sola criatura de la que no se pueda decir: “¿Es muy buena?”

Y ¿se dirá de la criatura formada dos veces: del elegido de Dios, del comprado con sangre, se dirá: “El Espíritu comenzó a obrar en el corazón de este hombre, pero el hombre fue más poderoso que el Espíritu, y el pecado venció a la gracia; Dios tuvo que huir y Satanás triunfó, y el hombre nunca fue perfeccionado?” “Oh, queridos hermanos míos, la oración será oída. Después que hayan padecido un poco de tiempo, Dios los perfeccionará, si Él ha comenzado la buena obra en ustedes.

Pero, amados, debe ser después que hayan padecido un poco de tiempo. No podrán ser perfeccionados, excepto por el fuego. No hay otra forma de quitarles su escoria y sus impurezas sino por medio de las llamas del horno de la aflicción. Hijos de Dios, su insensatez está tan ligada a sus corazones, que nada sino la vara puede extirparla. Es a través de los moretones de sus heridas que su corazón es mejorado. Deben pasar por la tribulación, para que por medio del Espíritu, pueda funcionar como fuego refinador para ustedes; para que una vez purificados, santos, acrisolados, y lavados, comparezcan delante del rostro de Dios, exentos de toda imperfección, y libres de toda corrupción interna.

2. Procedamos ahora a la segunda joya de la bendición: *afirmación*. No es suficiente que el cristiano haya recibido una perfección proporcional,

si no es afirmado. Ustedes han visto un arco en el cielo cuando se hace visible sobre la llanura: sus colores son gloriosos, y sus matices son raros. Aunque lo hemos visto muchísimas veces, nunca deja de ser “algo bellissimo y un gozo por siempre.” Pero qué lástima del arco iris, no está afirmado. Se desvanece, y he aquí, ya no está. Los bellos colores ceden paso a las nubes aborregadas, y la bóveda celeste ya no brilla con los tintes del cielo. No está afirmado. ¿Cómo puede ser eso? Algo que está hecho de rayos pasajeros de sol y gotas inestables de lluvia, ¿cómo podría permanecer? Y fijense en esto, entre más bella es la visión, más desconsolada es la reflexión cuando esa visión se desvanece, y no queda nada sino oscuridad.

Entonces, ser afirmado, es un deseo muy necesario para el cristiano. De todas las concepciones conocidas de Dios, junto a Su Hijo encarnado, no dudo en pronunciar al cristiano la más noble concepción de Dios. Pero si esta concepción no fuera sino un arco iris pintado en la nube, para desaparecer para siempre, no valdría nada el día en el que nuestros ojos fueron atraídos a ver lo inasequible, con una sublime visión que pronto se va a derretir. El cristiano no es mejor que la flor del campo que hoy está y que se seca cuando se levanta el sol con calor abrasador, a menos que Dios lo afirme. ¿Cuál es la diferencia entre el heredero del cielo, el hijo de Dios comprado con sangre, y la hierba del campo?

Oh, que Dios les otorgue esta rica bendición, para que no sean como el humo de una chimenea, que es rápidamente dispersado por el viento: que su bondad no sea como la nube mañanera, ni como el rocío temprano que se evapora; sino que sean afirmados, y que cada bien que tengan sea un bien permanente. Que su carácter no sea como las letras escritas sobre arena, sino una inscripción en la roca. Que su fe no sea como “la urdimbre sin marco de una visión,” sino que esté construida con material de piedra que aguantará ese horrible incendio que consumirá la madera, el heno, y la hojarasca del hipócrita. Que estemos cimentado y arraigados en el amor. Que sus convicciones sean profundas. Que su amor sea real. Que sus deseos sean sinceros. Que su vida entera esté establecida, fijada y afirmada, para que todas las ráfagas del infierno y todas las tormentas de la tierra sean incapaces de conmoverlos.

Ustedes saben que consideramos que algunos cristianos están muy afirmados desde hace tiempo. Me temo, en verdad, que hay muchos que son viejos, pero que no han sido afirmados. Una cosa es tener el cabello blanco por los años, pero otra cosa muy diferente es que obtengamos sabiduría. Hay algunos que no se vuelven más sabios a pesar de toda su experiencia. Aunque sus dedos estén bien cubiertos por la experiencia,

no han aprendido en esa escuela. Sé que hay muchos viejos cristianos que pueden decir de sí mismos, y decirlo también con mucha tristeza, que quisieran volver a tener sus oportunidades, para poder aprender más, y poder estar más afirmados. Les hemos oído cantar—

***“Descubro que soy un aprendiz todavía,
Inhábil, débil, y presto para errar.”***

Sin embargo, yo oro porque la bendición del apóstol sea derramada en nosotros, independientemente de que seamos jóvenes o viejos, pero especialmente en aquellos que han conocido por largo tiempo a su Señor y Salvador. Ustedes no deben estar sujetos ahora a esas dudas que vejan a los bebés en la gracia. No se les debe estar enseñando siempre los primeros rudimentos: deben proseguir a algo más elevado. Se están acercando al cielo; oh, ¿a qué se debe que no han llegado todavía a la tierra de Beula, a esa tierra que fluye leche y miel? Ciertamente sus titubeos no combinan con los cabellos grises. Da la impresión que fueron blanqueados con la luz del sol del cielo. ¿Cómo es posible que sus ojos no despidan algo de esa luz? Nosotros que somos jóvenes buscamos un ejemplo en ustedes, que son cristianos bien afirmados; y si los vemos dudar, y los oímos hablando con un labio tembloroso, entonces nos abatimos en grado sumo. Oramos por nosotros y por ustedes, para que esta bendición se cumpla en ustedes, para que puedan ser afirmados. Para que no se ejerciten más en la duda. Para que conozcan su interés en Cristo. Para que se sientan seguros en Él. Para que descansando en la roca de las edades puedan saber que no perecerán mientras estén fijados allí. De hecho oramos por todos, independientemente de su edad, porque nuestra esperanza esté fijada únicamente en la sangre y la justicia de Jesús, y que esté tan firmemente arraigada, que no sea sacudida jamás, sino que seamos como el monte de Sion, inconmovible, y que permanece para siempre.

De esta manera he comentado sobre la segunda joya de esta bendición. Pero, fíjense, no podemos obtenerla sino después de haber padecido un poco de tiempo. No podemos ser afirmados excepto por medio del padecimiento. Es inútil esperar que estaremos bien arraigados si los vientos de Marzo no han soplado sobre nuestras cabezas. No esperemos que el joven roble eche sus raíces tan profundamente como el roble viejo. Esos viejos nudos en las raíces, esos extraños quiebres de las ramas, todos hablan de las muchas tormentas que han azotado al vetusto árbol. Pero son indicadores también de las profundidades a las que se han sumergido las raíces; y todos le dicen al leñador que espere partir primero una montaña que arrancar a ese roble de raíz. Debemos padecer un poco de tiempo, para luego ser afirmados.

3. Ahora vamos a comentar la tercera bendición, que es *fortalecimiento*. Ah, hermanos, esta es también una bendición muy necesaria para todos los cristianos. Hay algunos caracteres que parecen estar fijados y afirmados. Pero todavía carecen de fuerza y de vigor. ¿Me permiten darles un retrato de un cristiano sin fuerzas? Allí lo tienen. Él ha apoyado la causa del Rey Jesús. Se ha puesto su armadura; se ha alistado en el ejército celestial. ¿Pueden observarlo? Está perfectamente armado de la cabeza a los pies, y lleva consigo el escudo de la fe. ¿Pueden ver también cuán firmemente está afirmado? Mantiene su lugar, y no será movido de allí. Pero, véanlo. Cuando usa su espada, golpea con muy poca fuerza. Su escudo, aunque lo sostenga tan firmemente como su debilidad se lo permita, tiembla en su puño. Allí está y no se moverá. Sin embargo, cuán tambaleante es su posición. Sus rodillas chocan entre sí con espanto, cuando oye el sonido y el ruido de la guerra y del tumulto. ¿Qué necesita este hombre? Su voluntad es correcta, y su corazón está puesto plenamente en las cosas buenas. ¿Qué necesita? Pues necesita fuerza. El pobre hombre es débil y semeja a un niño. Ya sea porque ha sido alimentado con comida desabrida e insustancial, o por causa de algún pecado que lo ha acosado, no tiene la fuerza ni la vitalidad que debería morar en un cristiano. Pero una vez que la oración de Pedro sea respondida para él, cuán fuerte se volverá. En todo el mundo no hay criatura tan fuerte como un cristiano cuando Dios está con él.

¡Habla de Behemot! No es sino algo muy pequeño. Su poder es debilidad cuando se le compara con el creyente. ¡Habla de Leviatán, que hace que el abismo sea blanco! *Él no* es el jefe de los caminos de Dios. El verdadero creyente es más poderoso que él. ¿Nunca has visto al cristiano cuando Dios está con él? Huele la batalla desde lejos, y clama en medio del tumulto: “¡Ajá! ¡Ajá! ¡Ajá!” Se ríe de todas las huestes enemigas. O si lo comparas con Leviatán: si es arrojado en un mar de tribulación, da latigazos por todos lados y hace que el abismo se vuelva blanco con bendiciones. Las profundidades no le sobrecogen, ni teme a las rocas; tiene la protección de Dios a su alrededor, y las aguas no pueden ahogarle; es más, se vuelven un elemento de deleite para él, cuando por la gracia de Dios se regocija en medio de las altas ondas.

Si quieren una prueba de la fortaleza de un cristiano, sólo tienen que revisar la historia, y podrán ver cómo los creyentes han apagado la violencia del fuego, han cerrado las bocas de los leones, han agitado sus puños delante de la torva muerte, se han reído hasta el desprecio de los tiranos, y han batido en retirada a los ejércitos enemigos, por medio del

poder superior de la fe en Dios. Ruego a Dios, hermanos míos, que los fortalezca este año.

Los cristianos de esta época son seres muy débiles. Es algo muy notable que la gran mayoría de los hijos nace ahora débil. Ustedes me piden las evidencias de esto. Puedo suministrarlas de inmediato. Ustedes saben que en la Liturgia de la Iglesia de Inglaterra se instruye y se ordena que todos los hijos sean sumergidos en el bautismo, excepto quienes tengan una débil condición certificada. Ahora, sería poco caritativo imaginar que las personas sean culpables de falsedad cuando cumplen lo que consideran una ordenanza sagrada; y, por tanto, como casi todos los hijos son ahora rociados y no sumergidos, yo supongo que todos nacen débiles. No voy a decir si eso explica el hecho que todos los cristianos sean tan débiles, pero es muy cierto que no tenemos muchos gigantes cristianos en nuestros días. Por aquí y por allá oímos de alguien al que sólo le hace falta obrar milagros en estos tiempos modernos, y nos quedamos atónitos. ¡Oh, que ustedes tuvieran fe como estos hombres! No creo que haya más piedad ahora de la que solía haber en los días de los puritanos. Creo que hay muchos más hombres piadosos; pero mientras la cantidad se ha multiplicado, me temo que la calidad ha sido depreciada. En aquellos días el arroyo de la gracia era en verdad muy profundo. Algunos de aquellos viejos puritanos, (cuando leemos sobre su devoción, y sobre las horas que pasaron en oración), parecían tener tanta gracia como cualquier centena de nosotros. El arroyo era muy profundo. Pero ahora las márgenes han perdido su forma, y grandes praderas han sido inundadas por el agua. Hasta allí vamos bien. Pero aunque la superficie se ha expandido, me temo que la profundidad ha disminuido espantosamente. Y esta puede ser la explicación: que debido a que nuestra piedad se ha vuelto más superficial, nuestra fortaleza se ha debilitado. ¡Oh, que Dios los fortalezca este año!

Pero recuerden, si Él lo hace, entonces tendrán que padecer. “Después que hayáis padecido un poco de tiempo,” que Él los fortalezca. A veces hacen una operación a los caballos que uno consideraría cruel: los cauterizan para fortalecer sus tendones. Ahora, cada cristiano antes de que sea fortalecido debe ser cauterizado. Sus nervios y sus tendones deben ser fortificados con el hierro candente de la aflicción. Nunca serás fuerte en gracia, a menos que primero padezcas un poco de tiempo.

4. Y ahora me referiré a la última de las cuatro bendiciones: “*establecimiento*.” No diré que esta última bendición es mayor que las otras tres, pero es un escalón para cada una de ellas; y, es extraño decirlo, es a menudo el resultado de la obtención gradual de las tres precedentes. “¡Establécete!” Oh, cuántos andan por ahí que no se han

establecido jamás. El árbol que es transplantado cada semana se morirá pronto. Es más, si fuera cambiado, no importa cuán hábilmente, una vez al año, ningún jardinero esperaría fruto de él. Cuántos cristianos hay que están siendo transplantados constantemente, incluso en cuanto a sus sentimientos doctrinales. Hay algunos que creen según el último predicador; y hay otros que no saben en qué creen, pero creen casi todo lo que se les dice.

El espíritu de la caridad cristiana, tan cultivado en estos días, y que todos amamos tanto, ha ayudado, me temo, a traer al mundo una especie de latitudinarianismo; o, en otras palabras, los hombres han llegado a creer que no importa en qué crean; que aunque un ministro diga *es así*, y el otro diga *no es así*, sin embargo los dos estamos en lo correcto; que aunque nos contradigamos absolutamente el uno al otro, a pesar de ello, ambos tenemos la razón. Yo no sé dónde les han fabricado el juicio a los hombres, pero a mi parecer, siempre se considera imposible creer en una contradicción. No puedo entender nunca cómo sentimientos tan encontrados puedan ser conformados a la Palabra de Dios, que es la norma de la verdad. Pero hay algunos que son como una veleta sobre el campanario de una iglesia, pues se voltean donde sopla el viento. Como dijo el buen señor Whitefield: “sería más fácil medir la luna para vestirla, que identificar sus sentimientos doctrinales,” pues siempre están variando y siempre están cambiando.

Ahora, yo ruego que sean librados de esto, si es esa su debilidad, y que puedan ser *establecidos*. Que la intolerancia sea arrojada lejos de nosotros. Sin embargo, yo quisiera que el cristiano supiera lo que considera que es verdad y luego lo sostenga. Tomen su tiempo para sopesar la controversia, pero una vez que hayan decidido, que no sean convencidos con facilidad. Sea Dios veraz, aunque todo hombre sea mentiroso; y sostengan que lo que sea acorde con la Palabra de Dios un día, no puede ser contrario a ella otro día; que lo que fue cierto en la época de Lutero y en la época de Calvino *debe* ser cierto ahora; que las falsedades pueden variar, pues tienen una forma proteica; pero la verdad es una, e indivisible, y por siempre la misma. Que otros piensen lo que quieran. Concedan la mayor laxitud a los demás, pero ustedes no se permitan ninguna. Permanezcan firmes e incommovibles según se les ha enseñado, y siempre busquen el espíritu del apóstol Pablo, “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.” Sin embargo, como quiero que estén firmes en su doctrina, mi oración es que estén especialmente establecidos en su *fe*. Ustedes creen en Jesucristo el Hijo de Dios, y descansan en Él. Pero algunas veces vacilan; entonces pierden su gozo y consuelo. Yo ruego porque su fe esté tan establecida,

que nunca duden en cuanto a ustedes si Cristo es suyo o no, sino que digan confiadamente: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito.” Oro para que estén establecidos en sus *metas y propósitos*.

Hay muchas personas cristianas que tienen una idea muy buena en sus cabezas, pero nunca la implementan, porque le preguntan al amigo cuál es su opinión. “No es gran cosa,” responde. Por supuesto que no. ¿Quién ha tenido en alta opinión las ideas de otros? Y de inmediato, la persona que la concibió renuncia a ella, y la obra nunca se completa. Cuántos hombres en sus ministerios han comenzado a predicar el Evangelio, y han permitido que algún miembro de la iglesia, posiblemente algún diácono, le jale de la oreja llevándole un poco por esa dirección. Más tarde, algún otro hermano ha considerado conveniente jalarlo en dirección contraria. El hombre ha perdido su brío. Nunca se ha establecido en cuanto a lo que debe hacer; y ahora se convierte en un simple lacayo, esperando la opinión de cada quien, deseoso de adoptar lo que otros conciban que es lo correcto.

Ahora, les ruego que estén establecidos en sus metas. Vean cuál es el nicho que Dios quiere que ocupen. Párense allí, y no se salgan a pesar de todas las burlas que les lluevan. Si creen que Dios les ha llamado a una obra, *háganla*. Si los hombres les ayudan, denles las gracias. Si no les ayudan, díganles que se aparten de su camino o serán atropellados. Que nada los intimide. Quien quiera servir a su Dios debe estar preparado algunas veces a servirle solo. No siempre peharemos en medio de las filas. Hay momentos en los que el David del Señor debe pelear con Goliat a solas, y debe tomar consigo tres piedras del riachuelo en medio de la risa de sus hermanos, y sin embargo con sus armas él está confiado en la victoria por la fe en Dios. No permitan que los saquen de la obra en la que Dios los ha puesto. No se cansen de obrar el bien, pues a su debido tiempo, cosecharán si no desmayan. Estén establecidos. Oh, que Dios derrame esta rica bendición en ustedes.

Pero no estarán establecidos a menos que padezcan. Padeciendo, quedarán establecidos en su fe y establecidos en sus metas. Los hombres son animales invertebrados en estos días. No contamos con los hombres resistentes que saben que tienen la razón y lo sostienen. Aun cuando un hombre esté equivocado, uno verdaderamente admira su rectitud cuando se levanta creyendo que tiene la razón y se atreve a enfrentar las amenazas del mundo. Pero cuando un hombre tiene la razón, lo peor que le puede pasar es que sea inconstante, que vacile, que los hombres lo intimiden. Arroja eso lejos de ti, oh caballero de la santa cruz, y sé firme si quieres salir victorioso. El corazón desfalleciente no ha tomado por

asalto ninguna ciudad todavía, y tú nunca vencerás ni serás coronado de honor, si tu corazón no se endurece frente a cada asalto y si no estás establecido en tu intención de honrar a tu Señor y de ganar la corona.

De esta manera he comentado la bendición.

II. Ahora, les pido su atención por unos momentos más, para observar LAS RAZONES POR LAS QUE EL APÓSTOL ESPERABA QUE ESTA ORACIÓN FUERA ESCUCHADA. Él pedía que fueran perfeccionados, afirmados, fortalecidos y establecidos. Incredulidad le susurró a Pedro al oído: “Pedro, pides demasiado. Siempre fuiste testarudo. Tú dijiste: ‘Manda que yo vaya a ti sobre las aguas.’ Ciertamente este es otro ejemplo de tu presunción. Si tú hubieras dicho: ‘Señor, santifícame,’ ¿no hubiera sido una oración suficiente? ¿No has pedido demasiado?” “No,” dice Pedro; y le responde a Incredulidad: “estoy seguro que recibiré lo que he pedido; pues *en primer lugar se lo estoy pidiendo al Dios de toda gracia: el Dios de toda gracia.*” No solamente el Dios de las pequeñas gracias recibidas, sino el Dios de la grandiosa gracia ilimitada que está almacenada para nosotros en la promesa, pero que todavía no hemos recibido en nuestra experiencia. “El Dios de *toda gracia,*” de la gracia que revive, que convence, que perdona, que cree, el Dios de la gracia que consuela, apoya, y sostiene. Ciertamente, cuando venimos a Él, no podemos venir pidiendo demasiado. Si Él es el Dios, no de una gracia, ni de dos gracias, sino de *todas* las gracias; si en Él está almacenado un suministro infinito, ilimitado, inacabable, ¿cómo podríamos pedir demasiado, aunque pidamos que lleguemos a ser perfectos?

Creyente, cuando estés de rodillas, recuerda que vas hacia un Rey. Que tus peticiones sean grandes. Imita el ejemplo de un cortesano de Alejandro, que cuando se le dijo que podía recibir lo que pidiera como recompensa por su valor, pidió una suma de dinero tan grande que el tesorero de Alejandro rehusó entregársela sin hablar primero con el monarca. Cuando vio al monarca, este sonrió y le dijo: “En verdad es demasiado eso que pide, pero no es demasiado para que Alejandro se lo conceda. Lo admiro por su fe en mí; entrégale todo lo que pida.” ¿Me atreveré a pedir que mi temperamento airado me sea quitado, que mi terquedad sea extirpada, y mis imperfecciones sean cubiertas? ¿Puedo pedir ser semejante a Adán en el huerto, no, más aún, tan puro y perfecto como Dios mismo? ¿Puedo pedir que un día camine por las calles de oro, y “ceñido con las vestiduras de mi Salvador, santo como el santo,” estar en el pleno brillo de la gloria de Dios, y clamar: “Quién acusará a los escogidos de Dios?” Sí, puedo solicitarlo, y lo tendré, pues Él es el Dios de toda gracia.

Miren de nuevo el texto, y vean otra razón por la que Pedro sabía que su oración sería escuchada: “Mas el Dios de toda gracia, *que nos llamó.*” Incredulidad podría haberle dicho a Pedro: “Ah, Pedro, es verdad que Dios es el Dios de toda gracia, pero Él es una fuente cerrada, como aguas selladas.” “Ah,” dice Pedro, “ven acá, Satanás; no saboreas las cosas de Dios. No es una fuente sellada de toda gracia, pues ha comenzado a fluir.” “Mas el Dios de toda gracia, *que nos llamó.*” El llamamiento es la primera gota de misericordia que ha caído en los labios sedientos del moribundo. El llamamiento es el primer eslabón de oro de la cadena sin fin de eternas misericordias. No el primero en orden de tiempo con Dios, sino el primero en orden de tiempo con nosotros. Lo primero que conocemos de Cristo en Su misericordia, es que Él clama: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,” y que por medio de Su dulce Espíritu se dirige a nosotros, de tal forma que obedecemos al llamado y venimos a Él.

Ahora observen, si Dios me ha llamado, puedo pedirle que me afirme y me guarde; puedo pedirle que conforme transcurran los años, mi piedad no se extinga; puedo pedir que la zarza arda, pero que no se consuma, que la tinaja de harina no escasee y la vasija de aceite no disminuya. ¿Me atreveré a pedir que hasta la última hora de vida pueda ser fiel a Dios, porque Dios es fiel conmigo? Sí, puedo pedirlo, y también lo obtendré: porque el Dios que llama da el reposo. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó . . . Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.” Piensa en tu llamamiento, cristiano, y ten ánimo: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.” Si Él te ha llamado, nunca se arrepentirá de lo que ha hecho, ni cesará de bendecir ni cesará de salvar.

Pero creo que hay una razón todavía más poderosa: “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó *a su gloria eterna.*” Querido lector, ¿te ha llamado Dios? ¿Sabes para qué te ha llamado? Primero te llamó a la casa de la convicción, donde te hizo sentir tu pecado. Luego te llamó a la cima del Calvario, donde viste realmente tu pecado expiado y tu perdón sellado con la sangre preciosa. Y ahora Él te llama. Y, ¿adónde te llama? Oigo una voz hoy: la incredulidad me dice que hay una voz que me está llamando a las ondas del Jordán. ¡Oh, incredulidad! Es verdad que mi alma tiene que vadear a través de las ondas tormentosas de ese mar. Pero la voz proviene de las profundidades de la tumba, proviene de la gloria eterna. Allí donde Jehová se sienta resplandeciente en Su trono, rodeado de querubines y serafines, desde esa brillantez que los ángeles no se atreven a mirar, escucho una voz: “Ven a Mí, pecador lavado con la

sangre, ven a Mi gloria eterna.” ¡Oh, cielos!, ¿no es este un maravilloso llamado? Ser llamado a la gloria, llamado a las calles brillantes y las puertas de perla, ser llamado a oír las arpas y los himnos de felicidad eterna, y mejor todavía, ser llamado al pecho de Jesús, llamado a ver el rostro de Su Padre, llamado, no a la gloria eterna, sino a Su gloria eterna, llamado a esa misma gloria y honor con los que Dios se rodea para siempre.

Y ahora, amados, ¿es demasiado grande cualquier oración después de esto? Dios me ha llamado al cielo, y ¿hay algo en la tierra que Él me niegue? Si Él me ha llamado para morar en el cielo, ¿acaso no es necesaria la perfección para mí? Por lo mismo, ¿no puedo pedirla? Si Él me ha llamado a la gloria, ¿no es necesario que yo sea fortalecido para combatir en mi camino hacia allá? ¿Acaso no puedo pedir ser fortalecido? Es más, si hay en la tierra una misericordia demasiado grande para que piense en ella, demasiado grande para que la conciba, demasiado pesada para que mi lengua la lleve delante del trono en oración, Él hará por mí muchísimo más abundantemente de lo que yo pueda pedir, o que pueda imaginar jamás. Sé que lo hará, pues me ha llamado a Su gloria eterna.

La última razón por la que el apóstol esperaba que su bendición fuese derramada, es esta: “Que nos llamó a su gloria eterna *en Jesucristo*.” Es un hecho singular que ninguna promesa es tan dulce para el creyente como aquella en la que el nombre de Cristo es mencionado. Si tengo que predicar un sermón de consuelo para cristianos deprimidos, nunca elegiría un texto que no me permitiera guiar a la persona deprimida a la cruz. ¿No les parece demasiado, hermanos y hermanas, este día, que el Dios de toda gracia sea su Dios? ¿Acaso no sobrepasa su fe, que Él efectivamente los haya llamado *a ustedes*? ¿No se preguntan a veces si en verdad han sido llamados? Y cuando piensan en la gloria eterna, surge la pregunta: “¿La gozaré alguna vez? ¿Alguna vez veré el rostro de Dios con aceptación?” Oh, amados, cuando oyen de *Cristo*, cuando saben que Su gracia viene por medio de Cristo, y el llamado a través de Cristo, y la gloria por medio de Cristo, entonces dicen: “Señor, puedo creerlo ahora, si es por medio de Cristo.” No es difícil creer que la sangre de Cristo fuera suficiente para comprar toda bendición para mí. Si yo voy al tesoro de Dios sin Cristo, temo pedir cualquier cosa, pero cuando Cristo está conmigo, entonces puedo pedirlo todo. Con certeza creo que *Él* lo merece aunque *yo* no lo merezca. Si puedo argumentar Sus méritos, entonces no tengo temor de suplicar. ¿Acaso la perfección es una bendición demasiado grande para que Dios la dé a Cristo? Oh, no. Guardar la estabilidad y la preservación de los comprados con la sangre,

¿es, acaso, una recompensa demasiado grande para las terribles agonías y los sufrimientos del Salvador? No lo creo. Entonces podemos suplicar con confianza, porque todo nos viene por medio de Cristo.

Para concluir, quisiera hacer este comentario. Deseo, hermanos y hermanas míos, que durante este año puedan vivir más cerca de Cristo de lo que hayan vivido antes. Estén convencidos de ello: cuando pensamos mucho en Cristo es cuando pensamos menos en nosotros mismos, en nuestras aflicciones, y en las dudas y temores que nos asedian. Comiencen a hacerlo en este día, y que Dios les ayude. No permitan que pase ningún día por sobre sus cabezas, sin una visita al huerto de Getsemaní y la cruz del Calvario.

Y en cuanto a algunos de ustedes que no son salvos, y no conocen al Redentor, quiera Dios que en este mismo día vengan a Cristo. Me atrevo a decir que ustedes creen que venir a Cristo es algo terrible: que necesitan estar preparados antes de que puedan venir; que Él será duro y riguroso con ustedes. Cuando los hombres tienen que ir donde el abogado, pueden temblar; cuando tienen que visitar al doctor, pueden sentir temor; aunque ambos tipos de profesionales no sean bienvenidos, a menudo son necesarios. Pero cuando vengan a Cristo, pueden venir con audacia. No tienen que pagar honorarios; no se necesita preparación. Pueden venir tal como son. Martín Lutero hizo un comentario lleno de valor cuando dijo: “yo correría a los brazos de Cristo, aun si tuviese una espada desenvainada en Su mano.” Ahora, Él no tiene una espada desenvainada, sino que tiene Sus heridas en las manos. Corre a Sus brazos, pobre pecador. “Oh,” tú preguntas: “¿puedo venir?” ¿Cómo puedes hacer esa pregunta? Se te *ordena* venir. El gran mandamiento del Evangelio es: “Cree en el Señor Jesucristo.” Los que desobedecen este mandamiento, desobedecen a Dios. Es tan mandamiento de Dios que el hombre crea en Cristo, como lo es que debemos amar a nuestro prójimo. Ahora, como es un mandamiento, yo tengo ciertamente el derecho de obedecerlo. Ustedes pueden ver que no hay ninguna duda; un pecador tiene la libertad de creer en Cristo porque se le dice que lo haga. Dios no le habría dicho que hiciera algo que no deba hacer. Se *te permite* que creas. “Oh,” dirá alguien, “eso es todo lo que necesito saber. Yo creo que Cristo puede salvar perpetuamente. ¿Puedo hacer descansar mi alma en Él, y decir ya sea que me hunda o nade: muy bendito Jesús, Tú eres mi Señor?” Dices: ¿puedo hacerlo? ¡Hombre, se te ordena que lo hagas! Oh, que puedas hacerlo. Recuerda, en esto no estás arriesgando nada. El riesgo está en no hacerlo. Arrójate en Cristo, pecador. Desecha cualquier otra dependencia y descansa únicamente en Él. “No,” dirá alguien, “yo no estoy preparado.”

¿Preparado, amigo? Entonces no me has entendido. No se necesita ninguna preparación; se trata de venir simplemente como eres. “Oh, no siento mi necesidad lo suficiente.” Yo sé que no. Pero, ¿qué tiene que ver con esto? Se te ordena que te arrojes en Cristo. No importa qué tan negro o qué tan malo seas, confía en Él. El que cree en Cristo será salvo, aunque sus pecados sean demasiados; el que no cree será condenado, aunque sus pecados no sean tantos. El gran mandamiento del Evangelio es: “Cree.” “Oh,” dirá alguien, “¿debo decir que Cristo murió por mí?” Ah, yo no dije eso, tú lo sabrás pronto. Esa pregunta no tiene nada que ver contigo ahora, tu asunto es creer en Cristo y confiar en él; arrojarte en Sus brazos. Y que Dios el Espíritu te fuerce suavemente ahora para que lo hagas.

Ahora, pecador, aparta tus manos de tu propia justicia. Abandona toda idea de volverte mejor por medio de tu propia fortaleza. Abandónate a la promesa. Di—

***“Aunque no tengo ningún argumento,
Excepto que Tu sangre fue derramada por mí,
Y que me ordenas venir a Ti;
¡Oh, Cordero de Dios! Yo vengo, yo vengo.”***

No puedes confiar en Cristo para descubrir después que te ha engañado.

Ahora, ¿me he expresado con claridad? Si hubiere aquí un grupo de personas endeudadas, y si yo dijera: “si ustedes me confían sus deudas, serán pagadas, y ningún acreedor los molestará en adelante,” me entenderían directamente. ¿Cómo es que no pueden entender que confiar en Cristo eliminará todas sus deudas, quitará todos sus pecados, y serán salvos eternamente? Oh, Espíritu del Dios vivo, abre el entendimiento para recibirle, y el corazón para obedecerle, y que muchas almas se arrojen sobre Cristo. Sobre todos ellos, así como en todos los creyentes, yo pronuncio la bendición, con la cual los despediré: “¡Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca!”

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #292 – Volumen 6
A NEW YEAR'S BENEDICTION

